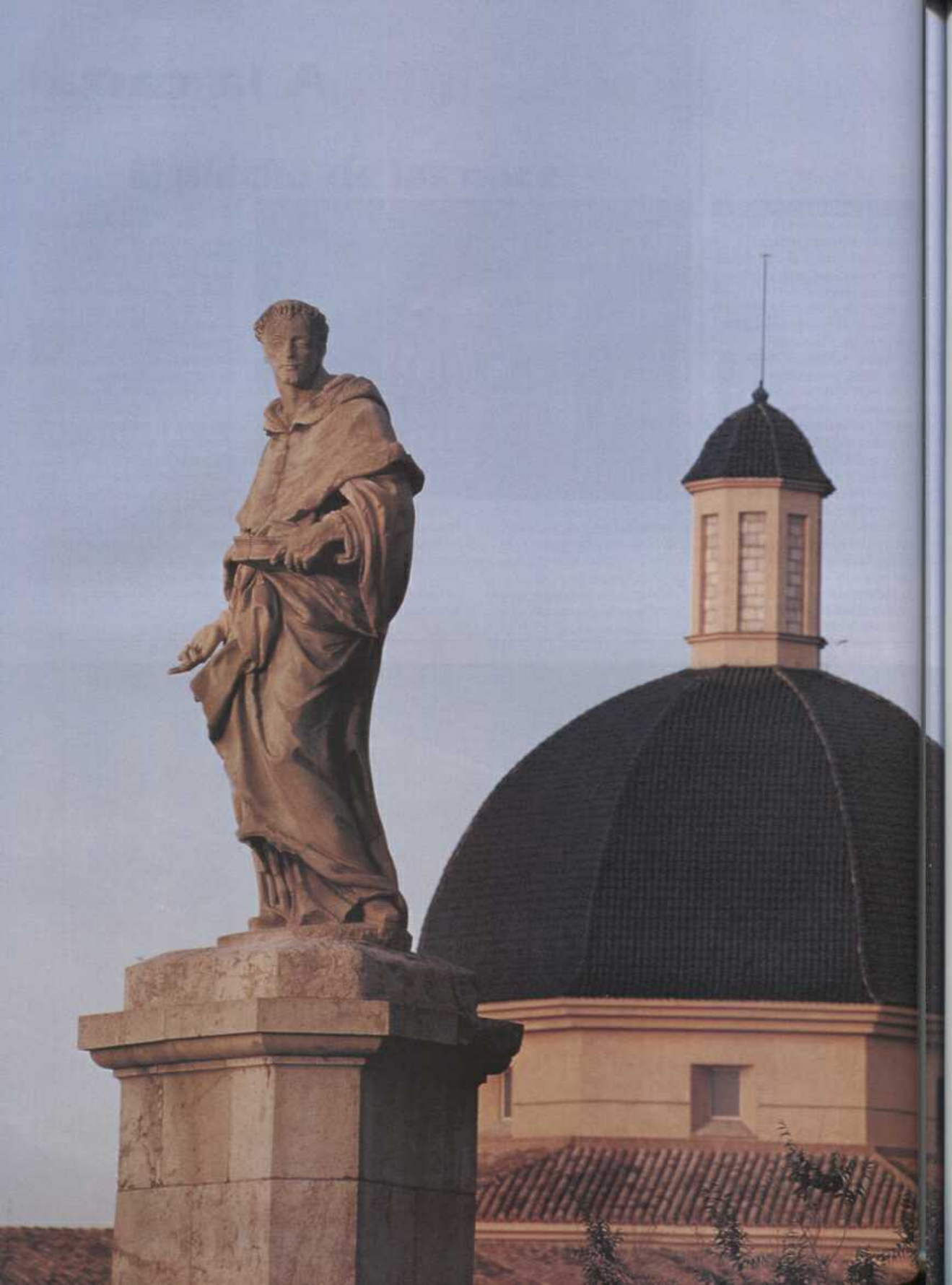


VALENCIA

LA DAMA EN EL TOCADOR

TEXTO Y FOTOS:
Rafael Chirbes

Hay ciudades que se muestran de una vez. Uno las mira, aunque sea desde lejos, y sabe en seguida que son bellas y que se sienten orgullosas de su belleza. Son ciudades que tienen algo de cortesana impúdica o de señora pagada de sí misma. No hace falta nombrarlas. Están en la mente de todos. Hay otras ciudades que uno necesita descubrir con esfuerzo, perdiéndose en ellas, aprendiendo su historia y su anatomía. Son quizá las que al viajero más le interesan. Fez, o El Cairo, y también Génova y Valencia, están entre ellas, pero Valencia suma, si cabe, algunas dificultades añadidas para encandilar a quien va con prisa.

Callejas que guardan el trazado de la vieja medina, patios y claustros góticos, torres barrocas, caserones dieciochescos, barrios con el encanto del eclecticismo parisino del fin de siglo adaptado al gusto y economía locales, ensanches modernistas, verticales edificios racionalistas de los años veinte y treinta, nobles pinacotecas, mercados ricos y bulliciosos, activas calles comerciales, kilométricos jardines entre puentes seculares; playas: el conjunto urbano no puede ser más completo, y hasta se diría que apabullante, y, sin embargo -y ése es uno de los rasgos distintivos de Valencia-, se mira mal en la ciudad al viajero que se atreve a confesar que siente algún interés por ella. No digamos ya si dice que le gusta, e, incluso, que es una de las que más le gustan. En ese caso, está casi irremediablemente condenado a hacer el ridículo.

En ninguna otra de las muchas ciudades que el viajero conoce resulta sospechoso expresar admiración por su patrimonio (por más injustificada que esa admiración resulte), ocurre más bien lo contrario: que los vecinos lo asedian hasta que consiguen arrancarle la confesión de que sí, de que la ciudad le gusta, y mucho; y, sin embargo, en Valencia, que suma una larga cuenta de

Hay ciudades que uno necesita descubrir con esfuerzo, perdiéndose en ellas,aprendiendo su historia y su anatomía.

El conjunto urbano de Valencia no puede ser más completo y hasta se diría que apabullante, pero la ciudad no parece ser consciente de eso.

VALENCIA

valores artísticos y ambientales, si a alguien que llega de fuera se le ocurre decir que la ciudad le agrada, y habla de arquitectura, de palacios, de plazas, de jardines, de museos, o de bellos rincones, inmediatamente provoca en los nativos un movimiento psicológico que oscila -según la ideología y la clase social a la que pertenezcan sus interlocutores- entre la ironía y la sospecha de que tal visión no puede ser más que fruto de algún interés inconfesado, seguramente de índole política.

Así le viene ocurriendo a este viajero cada vez que vuelve a una ciudad que está, no ya entre las que considera más bellas, sino también entre las más habitables. En Valencia, el viajero tiene la impresión de que la mitad de la población quiere vivir en Barcelona (y, ya de paso, se sentiría satisfecha si desapareciese Madrid); y la otra mitad, quizá más perezosa, o tal vez más ligada a sus bienes inmuebles y cajas de seguridad, querría quedarse en Valencia, pero a condición de que la ciudad pasara a ser de una vez por todas un verdadero barrio de Madrid (por cierto, ya, de paso, a esa otra mitad de los pobladores de Valencia no le parecería nada mal que un maremoto se tragara Barcelona).

Los catalanes más comprensivos la miran con un toque de ironía. El viajero fue testigo no hace mucho tiempo de cómo una prestigiosa editora de Barcelona compadecía a su escritor favorito porque, en la ronda de presentaciones de la nueva novela por toda España, no había más remedio que recalar una tarde en Valencia. Después, interrogada por el viajero, confesó que no había pisado nunca la ciudad, pero que una vez le habían robado la maleta en la estación, durante un transbordo, y que, además, nadie que ella conociera -es decir, nadie- le atribuía a Valencia razones para el interés. Claro que, desde Barcelona, Valencia es un sur sin la gracia de los faralaes, con el árbol genealógico aún demasiado verde y con las rai-

Tiene algo de vieja dama que se acicala esta Valencia fin de siglo, y también de fruto que se abre, con sus grandes obras, quizá inútiles.

Los habitantes de la huerta, llegan a la estación, junto a la plaza de toros, y ahí puede oírse hablar un valenciano de variados acentos.

ces a medio enterrar. Por su parte, los madrileños la encuentran hortera y, en la cortedad de su tópico, confunden el arte que los valencianos construyen para quemar -los ninots de las fallas- con el que han construido para que dure: la lonja, Santo Domingo, Santa Catalina, El Patriarca, o las delicadas fachadas modernistas. Para concluir, digamos que el resto de los habitantes de eso que se llama España han conseguido olvidarse de Valencia, o mejor sería decir librarse de ella, porque, desde que construyeron un by-pass que abraza su perímetro, ya no necesitan cruzarla para llegar a la playa.

Sólo algunos espíritus refinados acaban entendiendo a Valencia, cada uno por sus razones. Kenneth Tynan, el reputadísimo crítico británico, que dirigió el National Theatre de Londres desde 1.963 al 73, después de enumerar una larga serie de espantos característicos de Valencia, acabó definiéndola como "la ciudad más maravillosa del Mediterráneo", por razones justamente contrarias a las que se expondrán aquí, aunque Tynan y el viajero coincidan en que uno de los valores más apreciables y constantes de Valencia ha sido su capacidad para librarse de los turistas como si fuesen insectos dañinos. Y parece claro que Tynan puede amar la ciudad por unas cosas y el viajero por otras y llegar a la misma conclusión, porque se puede amar a Valencia por una causa, o por diez, y también por sus contrarias, porque es -como pocas- una ciudad de ciudades, que a trechos se nos muestra ordenada y altiva, a ratos caótica; en algunos tramos -Velluters, lugares del barrio del Carme- nos recuerda a Beirut después de un bombardeo; y, en otros, nos hace pensar (ustedes perdonen) en un París con luz y con palmeras. Hay edificios en la ciudad de una vulgaridad casi inimaginable, y otros espacios arquitectónicos -esa lonja, esos patios de los palacios de la Batllia y de Scala, o el del Almirante, ese claustro de San Miguel de los Reyes-, de una finura y de una potencia que amedrentan. Hay barrios espléndidos en los que se suceden sin interrupción los edificios nobles o burgueses. Y hay mellas en su topografía que parecen conectar directamente con las puertas del infierno y que, por lo general, no llegan tan lejos: se quedan a medio camino, a la altura de algún cementerio romano o musulmán.

Valencia es ruidosa y popular en sus barriadas (esa maravillosa Russafa), e igualmente en el centro de la Ciutat Vella, en los alrededores del Mercado Central: emociona la frescura de los productos casi tanto como la viveza de la gente en ese mercado; y da gusto ver las multitudes humanas que, procedentes de la huerta, surgen a cada minuto de la fachada modernista de la estación del Norte hablando en valenciano de ropas, comidas y médicos, con una diveresidad de acentos que los expertos distinguen fácilmente como de Gandía, de Xàtiva, de Sueca o de Tavernes.

Es también Valencia -y mucho- pija y señoritinga. Y hay barrios enteros que apestan a gomina, sobre todo de noche, a la hora de las copas. Es conservadora casi hasta rozar la caverna y moderna del siglo veintitantos. Los valencianos son los últimos en unas cuantas cosas y están a la última en un montón de otras. A ratos huele Valencia a albañal, pero también a salitre, a galán de noche y a azahar.

Para los aficionados a la arquitectura, reúne Valencia todos los estilos en un estupendo catálogo, quizá no demasiado jalonado por obras maestras, pero repleto de edificios notables: hay piedras romanas, una basílica visigótica, pedazos de muralla árabe y unos baños; hay románico y gótico -ése sí magistral-, levantado cuando la ciudad vivía su momento de esplendor en el siglo XV, un instante fugaz en el que se sintió capital de Aragón y casi del Mediterráneo, hasta que Alfonso El Magnánimo, el rey cuya expedición entre militar y comercial los valencianos habían financiado, decidió abandonarla y quedarse entre los brazos de una bella italiana en Nápoles, la ciudad que había ido a conquistar. Una vez más, ciudad poco querida. Valencia, la malquerida, pagando cama y ajuar de otras. Tiene Valencia un punto de irredentismo; de ciudad que paga más que recibe, y lo resuelve sin recor, con otro punto de orgullo: diciendo que no necesita que nadie le dé nada, que hasta le sobra, y, para demostrarlo, acostumbra a quemar tracas, fallas y salud; y a tirar el burro por la ventana

Se encuentran en su mapa urbano representaciones de todos los estilos arquitectónicos que vinieron después del gótico. Y uno conoce a poca gente que la haya visitado hace años que no alabe su desaparecido perfil de casas elegantes metiéndose en el laberinto de caminos y acequias de la huerta; la belleza inolvidable de sus panorámicas desde lo alto del Miquelet cuando ciudad y campo se confundían y limitaban con el espejo reluciente de la Albufera y la línea azul del mar. El viajero aún conoció algo de eso. Los campos que, en su cuidado, parecían hechos de harina, la huerta, ya sólo quedan en la cabeza de unos pocos.

Y, sin embargo, todo eso, en su momento, ha parecido no interesarle seriamente a casi nadie. De hecho, le ha interesado tan poco a casi nadie, que, de igual modo que ha desparecido ya la huerta, y podría no haberlo hecho, también podría haber aún mucho más arte en esta ciudad que no tiene poco, si, después de la guerra -cuando fue considerada desleal, por haber sido republicana, la última en caer y capital de la República-, la piqueta no se hubiera llevado por delante un buen número de palacios y conventos y se hubiese empezado a construir -tiempos de sólidos valores mesetarios entre los recién enriquecidos- sin un ápice de esa sensibilidad arquitectónica que tienen los edificios de épocas anteriores, incluidos los más modestos y que convierten el recorrido por las calles del centro y del ensanche en una experiencia gozosa.

El viajero, que nació a tiro de piedra de aquí, aún almacena los recuerdos de la Valencia de los grises cincuenta; los trenes que respiraban carbonilla; el fielato, en el que los campesinos pagaban una tasa por introducir en la ciudad lo que se criaba en sus corrales y huertas -un pollo, un conejo, algunos tomates, unas habas- y que los familiares de la capital codiciaban; el laberinto interminable de callejones de la Ciutat Vella; las desoladas avenidas que parecían más anchas porque aún las recorrían pocos automóviles y los edificios guardaban una proporción razonable; el olor de esparto, de flores húmedas y recién cortadas, de vegetales marchitos y de gatos.

Valencia, por entonces, era una ciudad llena de desconchones; de fachadas ocres, con un color que misteriosamente encontró luego el viajero reflejado en otras ciudades de las riberas del Mediterráneo: en Génova, en Barcelona, en Roma, en la decrépita Alejandría. Un color pintado por el mar y los siglos, y que las rehabilitaciones en todas esas ciudades ribereñas va condenando poco a poco al recuerdo. Roma es ahora de color pistacho y Barcelona se parece a Helsinki.

El Mediterráneo. Por entonces, cuando

Durante el primer tercio de siglo, se disfrazó Valencia como una Nueva York de cercanías, orgullosa de una modesta y armónica verticalidad.

el viajero era un niño, en las estaciones cálidas Valencia tenía también más mar del que se descubría a primera vista, aunque ciudad y puerto se miraran de reojo: el viajero recuerda aún con melancolía el anual paseo de una familia de campesinos en la golondrina que recorría la dársena punteada por unos tinglados modernistas que, de tan bellos, parecían fuera de lugar, más casa de muñecas que centro de estiba. Esos tinglados siguen en pie, a disposición de quien quiera verlos.

Pero, sobre todo, para quienes llegaban de las poblaciones de la huerta, provocaba Valencia admiración por la verticalidad de sus edificios, que a los campesinos les parecían sacados de las imágenes de una película: la modesta verticalidad de las construcciones de esa plaza, que antes se había llamado de Emilio Castelar, entonces llamaban del Caudillo, luego fue del País Valencià, y hoy del Ayuntamiento, como un reflejo de una ciudad inquieta que va a cumplir los dos mil doscientos años de existencia, vieja señora, y que no para de cambiar, incluso en su toponimia, por más que el viejo callejero guarde un bien abastecido arsenal de nombres directamente heredados de la medina árabe, o de los primeros años de la reconquista. Tapinería y Bolsería, Cabillers y Cavallers. Hay documentos que atestiguan que el mercado lleva un milenio en el mismo sitio. Y hace más de quinientos años que Jaume Roig lo describió con una mezcla de sarcasmo y amarga viveza. Por aquellos años, Valencia tuvo el mejor y más ordenado prostíbulo de Europa, y dio a luz al más elegante e irónico caballero, ese Tirant lo Blanc, de Joanot Martorell, tan amante del ceremonial, de los ritos de vestido y mesa, y para quien la guerra era más bien una metáfora del amor. También vivió aquí, en Valencia, el más delicado poeta metafísico que se saltó el renacimiento para llegar al barroco antes de tiempo: Ausiàs Marc. Son nombres que hablan de que esta ciudad es capaz de engendrar cumbres de refinamiento.

Medio milenio después de esa época de esplendor y gloria, los edificios de plaza que tantas veces ha cambiado de nombre les hacían pensar a los campesinos en un Nueva York de cercanías, con las torrecillas de sus chaflanes cubiertas de móviles anuncios de neón en los que las lejanas monedas de luz caían en el interior de una hucha, o los pollitos corrían por el cielo. Aún siguen manteniéndose bellos y elegantes esos edificios, en la actualidad maquillados con colores pastel. Fueron creados en otro de esos espasmódicos momentos de esperanza.

Por el contrario, la Valencia de los cincuenta eran solares, ruinas, edificios que hinchaban su barriga sobre las aceras, oscuras torres de piedra, imponentes fachadas, silenciosos hangares en los que se leía la palabra REFUGIO escrita con letras de severa geometría y que recordaban cercanos tiempos de guerra y desolación.

Agenda de Valencia

DONDE DORMIR

En los últimos años, ha mejorado enormemente la red hostelera de la ciudad. A los dos hoteles de cinco estrellas situados fuera de Valencia (*Hotel Casino Monte Picayo* y *Sidi Saler*) se les ha añadido el *Valencia Palace*, junto al Palau de la Música. Entre los de cuatro estrellas, el excelente *Meliá Plaza* está junto al Ayuntamiento y el viejo y melancólico *Reina Victoria* en la cercana calle de las Barcas. El *Astoria*, muy céntrico, sigue siendo lugar de cita de famosos, y están bien situados *Dimor*, en la Gran Vía, *Conqueridor* y *Turia*. En el bosque entre el mar y la Albufera, se encuentra el *Parador El Saler*.

En la banda de las tres estrellas se colocan algunos de los más agradables e interesantes hoteles de la ciudad, como el *Ad Hoc*, instalado en un viejo caserón del centro histórico, entre el Temple y las torres de Serrans, frente al Museo de Bellas Artes. Cuenta con un buen restaurante de autor; el *Hotel Inglés* ocupa una antigua mansión aristocrática, y desde algunas de sus habitaciones puede contemplarse la suntuosa fachada del Palacio del Marqués de Dos Aguas.

QUE VISITAR

Caótica, recóndita, bella y, a ratos, deprimente por su estado de deterioro, Valencia compensa con creces al viajero que se atreve a caminar por Ciutat Vella, la vieja ciudad, los barrios del Carme, la Xerea y Velluters, que a trechos aún recuerdan a Beirut, a pesar de las numerososas obras de rehabilitación efectuadas en los últimos años, pero en los que los aficionados al arte y la arquitectura encontrarán infinidad de viejos palacios y casonas, así como el trazado de la medina árabe. Valencia posee uno de los más completos cascos históricos de España. En Velluters, merece la pena el *antiguo Hospital* renacentista, al parecer primer siquiátrico creado en Europa, allá por el siglo XV ("hospital de folls e innocents", "de locos e inocentes" se lo llamó), hoy convertido en Biblioteca. En el Carme, destacan la *calle Caballeros*, la *iglesia de San Nicolás* (visitar especialmente los lunes), las *torres dels Serrans*, el *Palau de la Generalitat*, con sus artesonados (concertar visita: 96 386 61 00) y, enfrente, *el de la Batllia* y *el del Marqués de la Scala*, con sus elegantes patios góticos.

Resulta obligada la visita a *la Catedral*, con las puertas del retablo renacentista y su soberbia sala capitular. Al lado, el palacio de Berbedel guarda el *Museo de la Ciudad*. Detrás, se abren las *ruinas de la Almoina*, y, muy cerca, la cripta visigótica de *San Vicente*, y el elegante *Almudín*, de sobrio trazado. En la calle Palau, se encuentra el *Palacio del Almirante*, de un gótico refinado y austero.

El conjunto del *Mercado Central* sorprende por su viveza. Es magnífico el edificio modernista y soberbios los productos expuestos y la viveza de sus vendedoras. En sus cercanías, la *Lonja llamada de la Seda* es obra maestra del gótico flamígero: ver el artesonado del Consulado del Mar. La *iglesia de los Santos Juanes*, la esbelta *torre de Santa Catalina* y la popular *Plaza Redonda* completan el recorrido por el barrio.

Vale la pena recorrer también el barrio de la Xerea: el edificio del *Temple*, neoclásico; la sorprendente *San Juan del Hospital*, entre el románico y el gótico; el *Palacio del Marqués de Dos Aguas*, con su bella fachada barroca, tras la que se puede contemplar el Museo Nacional de Cerámica; y, muy cerca, el *Colegio del Corpus Christi o del Patriarca*: iglesia pintada completamente al fresco, con elegante retablo, capilla con tapices belgas y vírgenes de Alonso Cano y Gregorio Fernández, patio renacentista, museo que contiene, entre otras piezas, tres cuadros del Greco.

La calle de la Paz y la de San Vicente mantienen intacto su encanto fin de siglo. Bellos edificios de la misma época en los alrededores del Ayuntamiento y de la calle de las Barcas. Junto al río, el *Convento de Santo Domingo*: el mejor claustro gótico de la ciudad. Sorprendentes sala capitular y capilla de los Reyes e imponente iglesia barroca de *San Vicente*. El conjunto es hoy *Capitanía General* y hay que concertar cita previa para visitarlo (96 351 77 37. Ext. 3238.)

El barrio del Ensanche, o Eixample, es de visita obligada, ya que forma un magnífico conjunto de casas del primer tercio de siglo, a ratos modernistas, a ratos decó o eclécticas. Se extiende entre Peris i Valero y la calle Colón e incluye las grandes vías, y guarda en su interior el popular barrio de Russafa, con su vivo mercado. Es obligada la visita a la *Estación del Norte*, delicada obra modernista de Demetrio Ribes.

Los amantes de la arquitectura deben visitar al norte del barrio de Morvedre el antiguo *Monasterio de San Miguel de los Reyes*, un edificio de enorme potencia en el que se instala en estos momentos la Biblioteca Valenciana. También conviene acercarse a los barrios marineros, *Cabanyal-Canyamelar*, o *la Malva-rosa*. Comer en alguno de los restaurantes de la playa. Merece la pena acercarse un jueves al estupendo mercado del Cabanyal. Son intersantes las Atarazanas góticas y los tinglados modernistas del puerto, obra del mismo arquitecto que la Estación del Norte.

LA NUEVA VALENCIA

Entre las obras contemporáneas, destacan, además del edificio del IVAM, el *Palau de la Música*, de García Paredes; el de *Congresos*, de Norman Forster; y la desmesurada *Ciudad de las Artes y las Ciencias*, de Santiago Calatrava.

MUSEOS CLASICOS

El *Museo de Bellas Artes Sant Pius V* contiene una soberbia colección de más de 15.000 piezas, de las que sólo se expone una parte. Retablos góticos de Damián Froment y Pere Nicolau, entre otros; cuadros de Van Dyck, Goya, Ribera, Juan de Juanes, Ribalta, atribuidos al Bosco; de Sorolla, Pinazo o Pla, y el autorretrato de Velázquez son algunas de sus joyas. El *colegio del Patriarca*, el *Ayuntamiento*, la *Catedral* y el *Museo de la Ciudad* poseen también interesantes colecciones. En La Beneficencia, el *Museo Arqueológico* guarda una de las más importantes colecciones de arte ibérico.

MUSEOS MODERNOS

El *IVAM*, se ha convertido en referencia obligada de las vanguardias españolas. Guarda un enorme almacén de fondos de arte del siglo XX y la colección permanente de esculturas de Julio González. Además del edificio central de la calle Guillem de Castro, expone también en el melancólico convento del Carme, antigua Escuela de Bellas Artes junto a la iglesia de su nombre. Casi medio centenar de galerías privadas mantienen una activa vida artística en la ciudad.

JARDINES

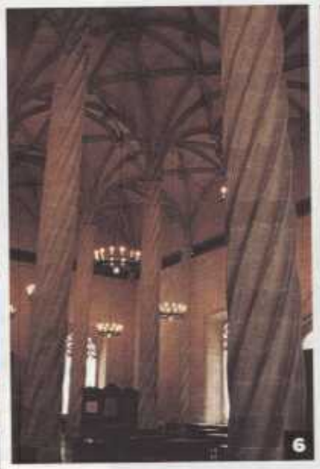
El rico y antiguo *Jardín Botánico* -uno de los pioneros de Europa-, hoy cuidadosamente rehabilitado, los *Jardines del Real o Viveros*, y los que siguen el curso del viejo cauce del río son los más amplios. Pero quizá los más bellos y entrañables sean los *Jardines de Monforte*, un pequeño espacio romántico que conviene visitar.

NOCHE Y COPAS

Ciudad noctámbula y callejera. En Valencia, incluida la elegante zona del Ensanche, se instalan mesas en cualquier esquina. La gente picotea, toma refrescos y horchatas, o cena en las calles en cualquier época del año. Los pubs más originales se encuentran en los alrededores de la *calle Caballeros*: se sirven copas entre restos de muralla árabe o bajo arquerías góticas. En los pubs de Cánovas, en la *Gran Vía Marqués del Turia*, hay más gomina. En los de *Juan Llorens*, cerca de la Gran Vía de Fernando el Católico, más ruido; y los de *Blasco Ibáñez* y *Plaza Xúquer* recogen el ambiente estudiantil. Los aficionados a la música clásica se reúnen en la Avenida de Aragón. Y, en verano, la gente prefiere los pubs que se abren junto a la *Playa de la Malvarrosa*.

COMPRAS

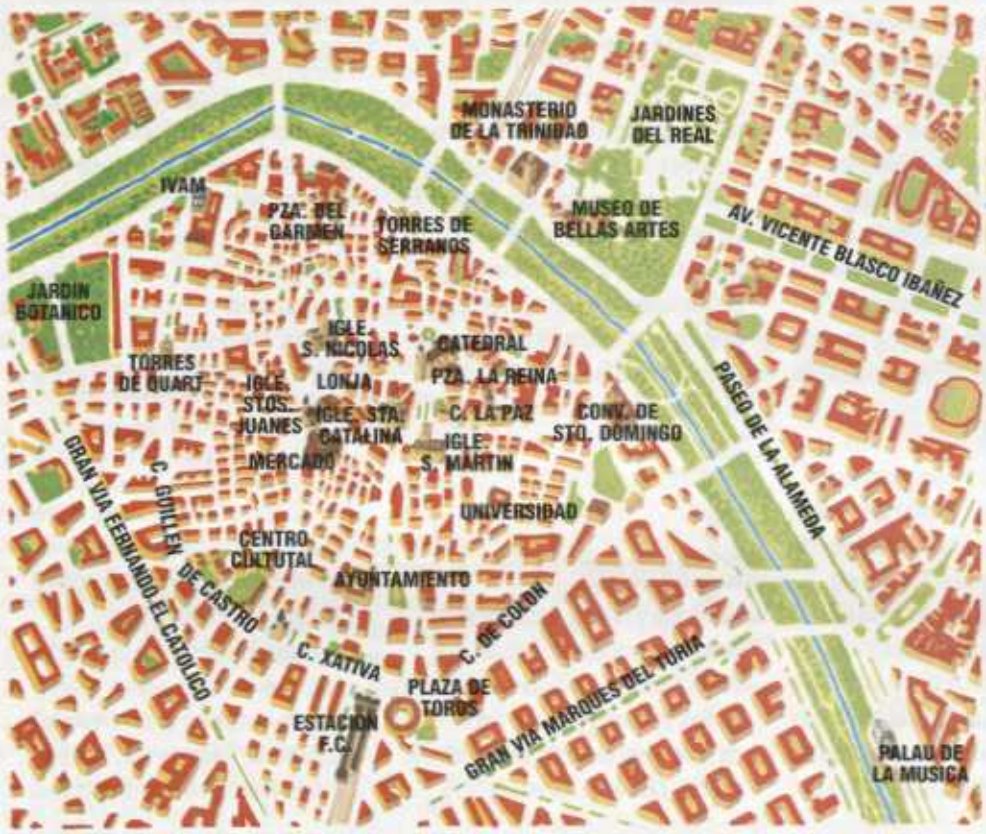
El centro histórico recoge el comercio tradicional. Los alrededores de la vieja Universidad Literaria y del Palacio del Marqués de Dos Aguas -muy especialmente desde que se instaló en la zona la Bolsa, que ocupa un antiguo palacio- comparten con el Ensanche el comercio de firmas de lujo. Vuitton, Loewe, Verino, Domínguez y tutti quanti.



1. El Museo de la Ciudad está instalado en el Palacio de Berbedel.
2. El recién rehabilitado claustro de San Miguel de los Reyes.
3. Una perspectiva nocturna de la Plaza del Ayuntamiento.
4. El claustro renacentista del Colegio del Corpus Christi, o del Patriarca.
5. Recientemente inaugurado, el Palacio de Congresos, obra de Norman Forster, marca un eje de crecimiento de la ciudad.
6. La Lonja de la seda, obra maestra del gótico civil.
7. El Palau de la Música construido por García de Paredes.
8. El elegante cimborrio de la catedral.

VALENCIA

Esta ciudad de ciudades guarda en algún lugar una sorprendente energía soterrada.



Y la de los sesenta y setenta fue una ciudad que parecía luchar contra sí misma, empeñada en borrar de su topografía lo mejor de cuanto poseía: en derribar palacios, conventos e iglesias, saquear huertas y destruir perspectivas, como si quisiera pagar la culpa de haber sido feliz, carnal y laica en una España de relicarios y mojamas santas. Un momento de oscuridad -el viajero no conoció los tiempos inmediatamente posteriores al sanguinario borbón Felipe V, que convirtió la lonja en cuadra y cuartel- en el que la ciudad interiorizó cierta filosofía de castigo y se perdió el respeto a sí misma, queriendo ser Avila y tener algún miembro incorrupto (tenían el brazo de san Vicente, aún lo tienen, pero nadie le ha hecho nunca demasiado caso) y una Plaza del Pilar. A lo mejor, lo que le gusta a esta ciudad es estar siempre a la última, y le fastidiaba no poder competir con aquellos signos de distinción que traían los franquistas. Seguramente fue por entonces cuando los unos volvieron a mirar a Barcelona y los del otro lado a la meseta. El viajero no podría asegurarlo.

Pero esta ciudad de ciudades guarda en algún lugar una sorprendente energía soterrada que casi siempre quema en lo efímero (mascletaes y tracas), y que la cambia cada año en ocasiones puntuales, en un alarde de improvisación, aunque que de vez en cuando se ordena bajo la apariencia de un sólido milagro. Así, como un milagro le parece al viajero ese jardín que va naciendo poco a poco en el abandonado cauce del río, y también le parece un milagro lo mucho que ha quedado después de tantos años de abandono y que, hoy, tras oportuna limpieza, vuelve a resurgir. San Juan del Hospital, San Nicolás, las portadas de la Catedral, las casas de la calle de la Paz, los palacios de la calle Caballeros, el Almudín, el Temple, el Botánico, el palacio del Marqués de Dos Aguas. La vieja dama parece salir una vez más de su larga depresión, y se maquilla en el tocador. Se mira en el espejo y vuelve a encontrarse bella y -de nuevo, qué se le va a hacer- un tanto desdeñosa y altiva. Al menos, eso empieza a parecerle al viajero que vuelve a visitarla después de cierto tiempo. Tiene algo de vieja dama que se acicala esta Valencia fin de siglo, y también de fruto que se abre, con sus nuevas avenidas, sus imponentes y, seguramente inútiles, obras, que, al fin y al cabo, en su inutilidad no hacen más que reflejar por enésima vez el espíritu del tiempo. Uno intuye que la señora roza un nuevo instante de fulgor, por más que su marido, a fuerza de convivir con ella, aún no se haya dado cuenta. Es algo que suele ocurrir. En esos casos, ya se sabe que el marido es siempre el último que se entera, y que, seguramente, tendrá que ser el vecino el que venga a contárselo. ■